

Entrevista con Amos Oz

Príncipe de las letras israelíes

Silvia Cherem S.

Amos Oz se ha convertido en el autor israelí de mayor proyección internacional. Este reconocimiento va de la mano del papel que ha desempeñado en su país como una conciencia liberal radical en los asuntos políticos. ¿De dónde viene esa dualidad de novelista y crítico? En esta entrevista, el autor de Mi querido Mijael recuerda a su familia y sus largos años en un kibutz.

Amos Oz (nacido Amos Klausner en Jerusalem, en 1939), la conciencia liberal de Israel, candidato al Premio Nobel, galardonado con todos los premios literarios imaginables incluyendo el Goethe, el Heinrich Heine y el Príncipe de Asturias, bien sabe que aunque una y otra vez se empeñó en saltar lejos de su sombra —de la ruta trazada por sus eruditos familiares: académicos y literatos—, su implacable destino lo persiguió, lo zarandé, lo sedujo y lo confrontó para imponerle el oficio de escritor. O como lo parafrasea Oz: ser escritor, ser un traidor.

“Escribir es revelar los secretos de otras personas, es ser un traidor. No escribir, cuando tenía tanta necesidad de hacerlo, implicaba suprimir a esas personas y ser igualmente infiel a mí mismo y a ellos. Así es que me fui acostumbrando a ser traidor por cualquiera vía: si contaba la historia y si no la contaba”, reflexiona durante la entrevista que sostuvimos en enero de 2013 en su departamento de Tel Aviv.

Una pantera en el sótano, publicado en 1995, comienza justamente con ese estribillo: “Muchas veces en la vida me llamaron traidor. La primera fue a los doce años y tres meses [Oz falseó las fechas para esconderse tras

un personaje literario: en 1947 él tenía ocho años, no doce] cuando vivía en un barrio a las afueras de Jerusalem. Fue durante las vacaciones de verano, faltaba menos de un año para que el gobierno británico se retirase del país y naciera, en medio de la guerra, el Estado de Israel”.

Con obras traducidas a más de cuarenta lenguas, incluido el árabe, el cronista de la creación épica del Estado cuenta que su mundo infantil estaba entonces encuadrado en calificativos: “naciones civilizadas”, “pueblos libres”, “vecinos malvados”, “opresores sanguinarios”. Todo un mundo de clichés dicotómicos de buenos y malos a fin de adoctrinar, de mostrar un cuadro impoluto de héroes y villanos: “yo era un pequeño chovinista con el cerebro lavado”.

“Nosotros éramos los buenos y los que teníamos razón, nosotros éramos las víctimas inocentes, nosotros éramos David contra Goliat, nosotros éramos el cordero en medio de una jauría de lobos, nosotros éramos el cordero para el sacrificio, la cabra de la Hagadá de Pésaj, la gacela de Israel, y ellos, todos ellos, ingleses, árabes y los demás pueblos, eran la jauría de lobos, el mundo malvado, hipócrita y siempre sediento de nuestra sangre”,

escribe en *Una historia de amor y oscuridad*, su monumental autobiografía novelada.

Sus padres habían huido del antisemitismo de Europa en la década de 1930. Él llegó en 1932; ella, en 1935. Antes de llegar a Palestina, el abuelo Alexander Klausner intentó conseguir para su familia otras nacionalidades: ser americanos, ingleses, escandinavos, lo que fuera, pero, como nadie quería a los judíos, como las puertas de la inmigración se sellaron sin clemencia, terminaron en Palestina, gobernada entonces por el Mandato Británico que también limitaba la inmigración judía.

“Mi madre venía de Rovno, Ucrania; mi padre, de Lituania. Ambos se sentían inferiores, desarraigados y excluidos del entusiasmo creacionista del Estado. Vivían en la ciudad y no en los *kibutzim* de la Galilea donde los pioneros hacían florecer el desierto. Eran académicos vistos con suspicacia por la mayoría que araba la tierra. Eran de derecha y no socialistas con convicciones. No sabían trabajar con las manos, no eran sal de la tierra”.

Yehuda Arie Klausner, su padre, a quien Oz inicialmente admiró —para luego distanciarse sin remedio de él: “aún hoy, más de cuarenta años después de su muerte, todas las mañanas sigo peleando con él por motivos políticos”—, era erudito y sabio. Esparcía vocablos rimbombantes por doquier. Crédulo de los grandes discursos, de los ejércitos y las batallas nacionalistas, intoxicado por las conquistas patrióticas, escribía propaganda clandestina para la Banda Stern, una organización terrorista que luchaba contra los británicos y colocaba explosivos en blancos ingleses. “Mi padre no iba a permitir que nuestra tierra fuera una nueva diáspora o que nuestro honor se pisoteara. Como su propio padre, creía que había que defender a Israel mostrando una fuerza brutal contra los árabes: pelear o morir”.

Amos niño, ciegamente adoctrinado, se colocaba en primera fila cuando de liquidar a “los malos” se trataba: desde aventarles piedras, hasta idear disparatados actos de terrorismo. “Lo primero que aprendí a decir en inglés fue: ‘British go home!’. Y es cierto, formé parte de esa ‘Intifada judía’ que lanzaba piedras contra la ocupación británica. La vida entonces era muy difícil, desoladora, asfixiante”.

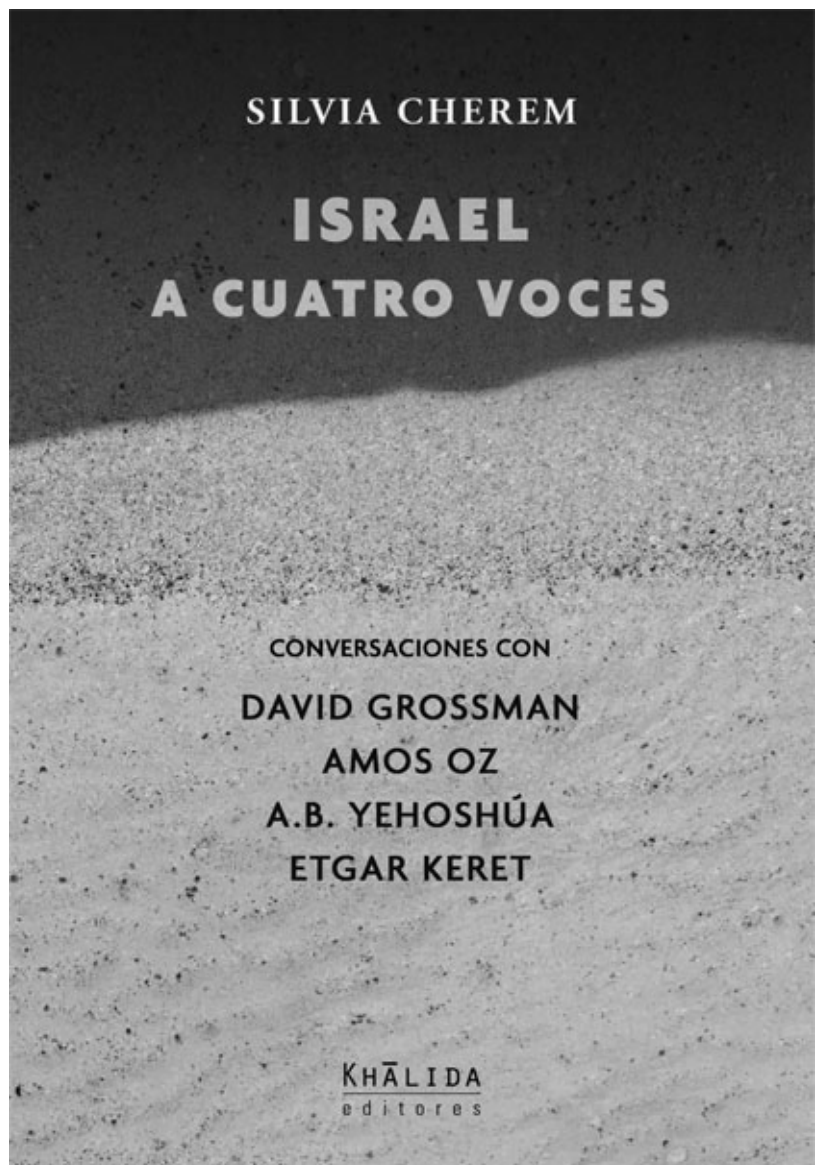
En *Una pantera...*, con tintes autobiográficos como en casi toda la obra de Oz, Profi, el protagonista —quien lleva por nombre el apodo con el que sus compañeros de infancia burlescamente se referían a Amos Oz, diminutivo de profesor por su manía de jugar con las palabras—, era un niño belicoso, miembro de la organización clandestina Libertad o Muerte, decidida a liberar Palestina de la Pérfida Albión.

Por una situación fortuita, durante el toque de queda Profi se topó con el sargento Dunlop, “un temible inglés” que, para su sorpresa, lejos de ser un villano resultó ser un británico bonachón, culto y pacífico, interesado

en la cultura y la religión judías. Así, de manera inesperada, se generó una relación secreta y cotidiana entre perseguidor y perseguido, con reuniones e intercambios semanales en el Orient Palace a fin de trocar conocimientos: Biblia en hebreo, a cambio de clases de inglés.

Hijo único que cargó con todas las expectativas de sus padres, Oz comenzó desde muy niño a perfilar su esencia: fue mucho más poderoso el estímulo de perseguir vocablos que el juego de las batallas. Hasta que aprendiera inglés, pensó con sabiduría de niño-filósofo, pospondría la construcción de un cohete mortífero —combinación de fusibles, pilas, acetona de esmaltes de uñas, combustible y el viejo motor de un refrigerador— con el que pretendía volar el mismísimo Palacio de Buckingham.

Sin embargo, para su desdicha, sus amigos descubrieron su secreto antes de tiempo, pintarrajearon la verja de su casa y lo acusaron de ser un “vil traidor”, un espía que mantenía nexos con los usurpadores. “Desde muy joven me acostumbré al título de traidor. Ahora sé que a cualquier hombre decente, una o dos veces en la vida, sus contemporáneos lo acusan de serlo. Para mí, hoy es una medalla en mi pecho, un título honorario.



Traidor es quien se atreve a cambiar, quien se transforma, quien tiene la habilidad de ponerse en los zapatos de otro...”.

Oz, quien desde 1967, al término de la Guerra de los Seis Días, ha sido pionero y el principal portavoz de la solución de dos estados para el conflicto de Israel y Palestina, cofundador en 1977 de Shalom Ajshav (Paz Ahora), bien aprendió, como lo repite en varias de sus novelas, que “todo en la vida tiene cuando menos dos caras, salvo la sombra”.

Esa capacidad de vincularse con el otro, de mirarlo a los ojos, de tocar sus cicatrices, compartir su cultura y dormir en sus sueños, de entender que no hay respuestas monolíticas sino multiplicidad de voces entre policías y combatientes, entre perseguidores y perseguidos, entre seres humanos en conflicto, fue una lección temprana que le permitió romper estereotipos, escribir literatura, levantar la voz por la paz y gozar, además, de vasto reconocimiento internacional.

DOS BOLÍGRAFOS

Serio y ausente, como una esfinge ancestral de alas petrificadas, atrapado en su mirada de león, serena su voz, Amos Oz responde con zarpazos cortos. Es difícil arrancarle las palabras, volcarlo al guión de la intimididad. Su mente parece estar en otra parte.

Esa misma mañana del 10 de enero de 2013, unas horas antes de nuestra cita, a escasos días de las elecciones en Israel que prometían mantener a Netanyahu en el poder, como finalmente sucedió, Oz lanzó declaraciones explosivas a un grupo de académicos simpatizantes de Meretz —el partido que él contribuyó a fundar en 1992 en aras de crear alianzas con el laborismo de Itzjak Rabin, facilitar un acuerdo binacional con los palestinos, pavimentar el rumbo hacia los Acuerdos de Oslo y promover una cultura de libertad religiosa, respeto a los derechos humanos y justicia social.

Sus declaraciones, como muy a menudo sucede, ocuparon la primera plana de *Haaretz*. Fueron palabras iracundas, plenas de hartazgo y frustración: “El gobierno de Netanyahu es el más antisionista de la historia del Estado de Israel”. “Golpe tras golpe, Netanyahu liquida moral, económica y políticamente a Mahmud Abbas” (autoridad en la Margen Occidental), “fortalece a Hamas” (el grupo islámico terrorista que gobierna Gaza desde 2007), “promueve un estado de *apartheid*” (sí, así lo dijo: “de *apartheid*”) y vaticinó, para el desconsuelo de los israelíes, que si nada cambia habrá “un único estado en la tierra ancestral: uno árabe”.

Condenó al Partido Laborista, izquierda moderada en el espectro israelí, “por haberse arrastrado durante los últimos quince años”, “por lamer un hueso en los go-

biernos del Likud”, “por venderse al poder a costa de la propia destrucción”. Confrontó directa y frontalmente a los líderes laboristas: “¿Qué han hecho para disminuir los asentamientos? ¿Para frenar la catástrofe que eliminará al Estado Judío del mapa?”.

La avalancha de reacciones no tardó en llegar, como me lo confesó en una llamada telefónica dos días después de la entrevista: “He recibido muestras de apoyo y un alud de críticas, pero eso no me hace cambiar. El Partido Laborista merece ser criticado y Netanyahu también, porque seguir evadiéndose del conflicto israelí-palestino, como lo han hecho, es de vida o muerte”.

Oz ha dedicado la mitad de su vida al tema de la paz: dos países para dos naciones. Se sabe contrapeso del poder. Conciencia nacional. Como su cuerpo, que renguea a consecuencia de un accidente automovilístico —un choque que en 1976 lo obligó a reemplazar ambas rodillas—, siente él que su patria cojea: el Israel liberal, democrático, justo y decente por el que ha luchado, el que quisiera heredar a sus nietos y demás descendientes. Con el callo que le da su prestigio internacional, con la desesperación del tiempo que siente que se agota, ruge contra el fanatismo, exhibe a los gobernantes.

Se sabe vulnerable. Aprieta las mandíbulas sin mover músculo. Se abraza defensivo con las pequeñas manos con las que aspiró a ser campesino. Electriza con la mirada. Únicamente esboza una sonrisa cuando escucha algún fragmento de sus libros en mi boca. Sólo entonces.

Dice que sobre su escritorio en su hogar en Arad, el mismo en el que su padre escribió libros sesudos, tiene dos bolígrafos. Dos plumas muy sencillas: una escribe con tinta azul y la otra, con negra. Dos: gesto simbólico.

—Un bolígrafo es para escribir historias; el otro es para mandar al demonio al gobierno. Nunca los confundo.

—¿Cuál es cuál? —pregunto curiosa.

—No te lo voy a confesar, es mi pequeño secreto.

Con el de la literatura da voz pausada, ponderada y reflexiva a personajes a fin de mostrar la complejidad humana, el desencanto con el que se ha urdido la historia reciente de Israel. Abre las puertas de las casas de par en par, explora la intimididad, acaricia los deseos, hurga las fantasías y los caprichos de quienes cohabitan en un dormitorio. Colorea una rica gama de marrones, enfocando la mira en temas como el fanatismo, el poder y la religión. Con este bolígrafo crea íconos literarios únicos y universales.

Lo que él escribe, dice, no es “ficción”: “Todas mis historias son autobiográficas”. De hecho, sostiene, el término ficción no existe en el vocabulario hebreo. La Academia de la Lengua Hebrea, de la cual Oz es miembro distinguido desde 1991, ha inventado la palabra *bida-yon* para referirse al concepto de ficción usado en Occidente que, generalmente, tiene una connotación de



© Jürgen Bauer

Amos Oz

fantasía o mentira en la que, según dice, no encaja la literatura israelí.

“En las librerías israelíes, mis libros y los de otros autores nacionales se ubican en el rubro de *siporet* (prosa narrativa); no existe la categoría Ficción. A diferencia de otros países en donde al escritor se le considera una persona que entretiene a su público —porque hasta a Shakespeare o a Balzac así se les veía—, en la tradición judía ancestral un escritor es un profeta. Ello resulta una carga enorme; sin embargo, al escribir literatura, sí tengo un serio compromiso con la verdad. Con las múltiples verdades”.

La segunda pluma no le sirve cuando reflexiona con serenidad, cuando pasa horas buscando un vocablo o persiguiendo un adjetivo. La ocupa cuando lo enciende una injusticia, cuando lo invade la cólera ante alguna situación política, cuando requiere eructar su rabia aunque suscite un tsunami. Muchos lo acusan de extremista y peligroso, de ser un radical. A él no le importa. “En tierra de profetas es difícil ser escuchado, hay demasiada competencia”, sostiene.

“Cuando bulle una visión dentro de mí, algo en lo que estoy 100 por ciento de acuerdo, escribo un artículo como una ráfaga que brota en unas cuantas horas. Lo descargo todo como si estuviera en medio de un pleito con mi mujer: gritos para que luego llegue la reconciliación. Prefiero a Fellini que a Bergman porque no tolo las culpas y la distancia que se genera con el silencio. Como bien retratan las cintas de Bergman, en el silencio no hay posibilidad de llegar al entendimiento”.

Por el contrario, opta por la literatura cuando escucha diferentes voces, opiniones variadas en su interior. Los conflictos entre un esposo y una esposa, entre un padre y un hijo, entre el amante y el amado, entre hermanos o vecinos. Lucha por conocerlos, “por estar de parte de todos”. Escribir es, desde su perspectiva, un asunto de empatía: “A diario, al despertar, me pregunto: ¿qué sentiría si fuera él? ¿Y si fuera ella qué respondería? Me pongo en el lugar de la gente. Mi motivación es la curiosidad ante la condición humana. No estoy interesado en los conflictos que se transparentan para ser blanco y negro, sino en las confrontaciones complejas entre gente buena: bueno contra bueno”.

Dice que su objetivo al escribir poesía (una relación sexual casual), cuentos (un romance) o novelas (un matrimonio que exige compromisos) no es forzar a nadie a cambiar de opinión; simplemente mostrar variadas visiones de mundo con respecto a una misma realidad. Sin embargo, en los artículos periodísticos sí apela a ser escuchado. Lo mueve el deseo de que los políticos actúen, se zarandeen y entiendan que es inminente un compromiso con la paz.

SER LIBRO

Oz cree que fue hijo único porque sus padres, Arie Klausner y Fania Mussman, eran pobres y no podían permitirse otro hijo. “Eran clase media baja, muy baja —insiste—, y aspiraban a ascender. Querían tener un cuarto

La Colina del Mal Consejo AMOS OZ

Nuevos Tiempos Siruela



lleno de libros y un samovar para servir té y atender invitados. No había espacio para más, no tenían dónde poner otro hijo, o tal vez hay cosas que yo no sé...”.

Lo llamaron Amos: “el que detenta cargas”, por amor al profeta más progresista y anarquista de la Biblia, pastor de ovejas y productor de higos que condenó la corrupción, la injusticia social y el fanatismo de las élites, atreviéndose inclusive a anunciar el final del pueblo de Israel por el exceso de pecados de su época. “Desde niño me acostumbré a ser una bestia de carga”, como si el destino le tuviera reservada la responsabilidad de mirar, de soportar, de ir por la vida en soledad condenando injusticias y corrupción.

Sus padres tenían cabello oscuro, pero Amos —como la tía Jaya— fue güerito, un pequeño jovencito rubio con el que pretendían construir una nueva raza en la Tierra Prometida. Extrañamente, le decían *sheiguetz*, una palabra idish para nombrar a los niños ucranianos que criaban puercos, ignorantes que con prepotencia y maldad les aventaban piedras a los judíos.

“Yo no sabía qué significaba *sheiguetz*, creía que era una palabra adorable en el vocabulario familiar, algo así

como ‘nuestro pequeño amado’. Fue hasta los catorce años que supe el verdadero significado... Por cierto sentido de inferioridad, por un profundo complejo, mis papás sentían que los *sheiguetz* eran más saludables y felices. Los admiraban secretamente y querían que yo me convirtiera en uno de ellos a fin de garantizar mi felicidad”.

A ojos de sus padres Amos era el niño más inteligente, el más sensible, el académico en ciernes que prometía alcanzar el grado de profesor como deseaba su papá, o ser artista, como quería su madre. “A los cinco años yo ya sabía las letras. En una ficha sobre el escritorio de mi padre escribí entonces: ‘Amos Klausner, escritor’, como si el futuro hubiera estado decidido para mí”, como si el lastre de expectativas de los adultos que lo rodeaban y el estigma de su nombre hubieran servido para confabular su destino.

Nació y creció en la calle de Amos número 18, en el barrio de Kerem Abraham (sí, también la calle se llamaba Amos), en las inmediaciones de Jerusalem, entonces una zona de barrios separados por campos de cardos y rocas, una ciudad hambrienta, bombardeada y sin agua. Padeciendo soledad y pobreza, miedo a los árabes y a los británicos en aquella Palestina sitiada, horror ante la información de Europa sobre el asesinato masivo de judíos en el Holocausto, Oz temía la muerte: la suya y la de sus padres.

Su hogar, un departamento de no más de 30 metros cuadrados —“la sala era recámara, estudio, comedor, cuarto de invitados: todo en uno”—, estaba atestado de libros hacinados de pared a pared, en el pasillo, en las ventanas, hasta en la cocina. Viendo aquellos ejemplares fantaseaba que su única posibilidad de sobrevivir era convertirse en libro. Ser un libro olvidado en un estante polvoso: “ser libro para existir”.

Cuenta Amos Oz que durante la ocupación inglesa, un grupo de judíos de la resistencia le pidió a su padre que resguardara unas bombas molotov en su casa, mismas que fueron escondidas detrás de las obras de literatura rusa. La condena por cargos de terrorismo era la pena de muerte. Cuando un oficial británico llegó a su casa para inspeccionarla, se quedó estupefacto ante aquella nutrida y variada biblioteca, perfectamente catalogada. “Mi papá, bibliotecario al fin y al cabo, embelesado ante la admiración de su tesoro, se olvidó de aquellas bombas y comenzó a presumirle al oficial su colección de autores ingleses. Despreocupado sacaba un libro tras otro. ¡Fue una suerte que hubiera escondido los explosivos detrás de los ejemplares rusos, de los libros de anarquistas del siglo XIX, y no de los ingleses, porque, distraído como era, se hubiera delatado solito!”.

A los seis años, Amos Oz se supo “grande” cuando su papá le hizo un espacio para sus libros de cuentos en una repisa del sótano de techos bajos donde vivían. “Fue

como un rito de iniciación. Me sentía feliz al verlos paraditos en una repisa. Implicó ser adulto, como mi padre”.

Como él, desarrolló una relación sensual con los libros, capaces de vincularlo con otros mundos. “Nos rodeaban las montañas, las cuevas y los desiertos, los ingleses, los árabes, la resistencia, ráfagas de disparos en la noche, explosiones, emboscadas, detenciones, registros y un asfixiante terror ante lo que nos depararían los días siguientes... Pero no vivía allí, sino en los márgenes de un bosque, junto a las cabañas, las chimeneas, los prados y la nieve de las historias de mi madre y de los libros ilustrados que se apilaban en un mueble bajo junto a mi cama... Vagaba sin cesar, perdido, sonámbulo, por aquellos bosques virtuales, por aquellos bosques de palabras, cabañas de palabras, prados de palabras. Lo que me rodeaba no me interesaba. Todo lo que me interesaba estaba hecho de palabras”, escribió en *Una historia de amor y oscuridad*.

Aquella asfixiante Jerusalem —que hoy sólo existe gracias a su obra literaria— para él era el último bastión del mundo: “por donde salía el sol cada mañana”. “Jerusalem es uno de los personajes principales de mi obra, quizás el más importante. Al menos la mitad de mis libros están situados en Jerusalem. La ciudad que yo conocí, en la que podía toparme con poetas, místicos y escritores. Con Buber, Scholem o con Agnón, una ciudad que no existe más. Hoy Kerem Abraham es un barrio ultraortodoxo, una especie de *shtetl* que me resulta totalmente ajeno. Por eso, cuando quiero regresar, viajo al interior de mi memoria, de mis anhelos; nunca más intento retornar en la vida real”.

Creció en aquel arrabal de casas polvorientas con techos de lámina, asentadas entre baldíos parchados de chatarra. Su padre pasaba el día haciendo digresiones de cada término, logomaquias lingüísticas con las que enloquecía al pequeño Amos. “Siempre estaba hablando de las palabras, escribía y escribía fichas bibliográficas marcando las connotaciones, las raíces, los orígenes de la palabra y su relación con la etimología de otras lenguas. Era un hombre muy interesante, sembró en mí el gusto por buscar las raíces de cada término, la obsesión por los significados, pero como niño, lo acepto, me aturdía escucharlo”.

Sus paseos semanales eran ir a un café mientras sus padres conversaban “durante 77 horas” de temas doctos con otros familiares y amigos: silencio a cambio de un helado. “Así es como desarrollé la capacidad de observar, tan útil en la vida de un escritor. Un escritor es un espía que observa. A los cinco o seis años pasaba horas calladito mientras mis padres hablaban con sus amigos sin parar. Me robaba pedazos de conversaciones de las mesas cercanas, miraba el lenguaje corporal, me fijaba en sus zapatos y en su ropa, en sus expresiones. Y comenzaba a inventar historias sobre esas personas, así es co-

mo me convertí en escritor. Todavía hago eso cuando tengo que matar el tiempo en un consultorio médico, en una estación de tren, en el aeropuerto, en algún café. No leo el periódico. Observo, espío. Es un maravilloso pasatiempo, se lo recomiendo a todos. Además, siempre te ganas un helado”, bromea.

Desde los cinco años comenzó a inventar historias. Su imaginación procedía de ser hijo único, de ser un lector incansable, de la soledad. Fantaseaba tanto que era inclusive capaz de corregir “los errores” de los estadistas del pasado, cambiar las estrategias bélicas de los libros de historia a fin de modificar el rumbo de los acontecimientos: salvar a Jerusalem de Tito, conquistar el Coliseo para los judíos o masacrar a los temibles ingleses.

Su capacidad de cuentacuentos fue mecanismo para sobrevivir y pertenecer. “No tenía amigos, sólo escuchas. No era atractivo ni buen estudiante. Detestaba las matemáticas, tampoco era bueno para los deportes. Era un forastero, un solitario. El único contacto con otros niños eran mis historias. Se las platicaba en porciones a mis seguidores, una parte cada día. Era yo una especie de Sherezada masculino. Ilusamente llegué a creer que contando historias podría impresionar a las chicas, tener un público, gozar de amigos y de prestigio. Al final siempre estaba solo: yo contaba, ellos escuchaban. Y si no les gustaba, me pegaban. La mayoría de las veces los decepcionaba porque esperaban un final hollywoodense que nunca llegaba”.

Como los cardos de su tierra —que desarrollan tallos espinosos para existir y, de vez en vez, deslumbran con una llamativa flor morada—, él ha sabido florecer entre pinchos y púas. “Retrata como nadie los impulsos, las heridas y las contradicciones de la psique israelí”, dice de él su amigo el escritor David Grossman. Su público lo idolatra y encumbra, lo respeta y admira. Sin embargo, al final nada ayuda. A pesar de que tiene todo bajo su manga: la trama, la narrativa, los personajes, el público, los tiempos e inclusive el ritmo de los aplausos, lo perturba la soledad, la más básica condición humana.

NACE EL ESCRITOR

La madre de Amos Oz, Fania Mussman, se suicidó cuando él tenía doce años. Sería el hecho determinante de su vida. Sólo tres años más vivió con su padre y, tratando de encontrarse, de iniciar una nueva vida, partió a vivir al kibutz Hulda con la esperanza de romper de tajo con su pasado y convertirse en lo opuesto a su padre: en un hombre bronceado, fuerte, un ser de la tierra.

En 1959 comenzó el romance con Nily Zuckerman, hija de una de las parejas fundadoras del kibutz. Ellos habían inmigrado en la década de 1930 de Besarabia, un poblado que formó parte de Ucrania y de Rumania en

distintos momentos de la historia. Nily, quien nació en una tienda de campaña del kibutz, tenía 19 años. Amos, 20. “Nos enamoramos uno del otro. No fue a mi llegada, tomó tiempo. Yo tuve otra novia afuera del kibutz y Nily muchos novios antes de que nos hiciéramos amigos, amantes y esposos. Es muy hermosa y me ha ayudado mucho, especialmente a disfrutar la vida. Yo no sabía gozar, era muy rígido, demasiado serio”.

Nily, quien se define como luchadora, interviene en la entrevista: “Amos no era uno de los nuestros, la diferencia se sentía a todas luces. Nuestros jóvenes eran robustos y atléticos; Amos era indefenso y chaparro. Venía de Jerusalem, había perdido a su madre y hablaba muy poco. Se necesitó mucha ayuda, mucha paciencia para convertirlo en esta hermosura, en el hombre que es ahora”.

El kibutz era una pequeña sociedad compacta de entre 300 y 400 miembros que se conocían íntimamente. Sheftel, el padre de Nily —como Arie Klausner, el padre de Amos— era bibliotecario, el responsable de los libros del kibutz y, gracias a esa labor, se estableció una estrecha relación entre Amos y quien sería su suegro. “Me dejaba leer todo lo que yo quería. Eso generó el vínculo, me atrajo a la familia. Eran muy cálidos”.

Amos, que en aquella comuna siguió siendo un lector asiduo, se dio cuenta de que escribir le resultaba inevitable. “Me escabullía por la tarde al club social del kibutz cuando no había nadie y llenaba cuadernos compulsivamente. Al principio dudaba si era interesante referirme a un gallinero o a una granja, que era lo que me rodeaba, pero luego comencé a crear personajes sin poder parar. Escribía cuentos y poemas que publicaba en el periodiquito de nuestro kibutz, casi todos ellos alusivos a lo que ahí vivíamos”.

Cuando se dio cuenta de que no podía darle la espalda a su esencia, que era dedicarse a escribir, solicitó al comité directivo del kibutz que se le permitiera gozar de un día libre a fin de ejercer su oficio. “Fue una carrera insidiosa para ganarle tiempo a la escritura. Pedir ese permiso implicó un gran debate porque dejarme escribir era perder manos necesarias para el trabajo físico. Algunos se preguntaban: ‘¿Cómo podemos saber que va a ser escritor?’, ‘¿cómo podemos garantizar que será un buen escritor de verdad?’, ‘todo el mundo se puede llamar a sí mismo artista y luego, ¿quién va a ordeñar a las vacas?’. Un hombre, a quien yo veía como anciano, pero tenía como cuarenta años, dijo: ‘Amos puede ser un genio como Tolstói, pero aún es muy joven para saberlo. Hay que dejarlo trabajar en los campos hasta que sobrepase las cuatro décadas de vida, y después, cuando tenga nuestro permiso para escribir, quizás aflore el escritor’. Desdibujaban cualquier trabajo académico o intelectual; todos debíamos ser iguales. Eran necesarias todas las manos disponibles para cultivar los productos de la tierra”.

Nada parecía favorecerlo. Ni siquiera que algunos años antes, en enero de 1961, atrajo con su pluma la atención de David Ben Gurión, el supremo padre de la patria: “para los pioneros de los *kibutzim*, él era una mezcla de Moisés, Abraham Lincoln, George Washington, Lenin y Churchill. Todos juntos”. El primer ministro, gran lector y apasionado de temas filosóficos, había escrito en *Davar*, periódico del movimiento socialista, sobre Spinoza y la igualdad, señalando que ésta resultaba imposible. Amos Oz, defensor recalcitrante del socialismo del kibutz y seguidor de Spinoza —“fue mi héroe durante muchos años”— lo rebatió: “Con todo respeto, camarada Ben Gurión, usted está equivocado y está citando mal a Spinoza”.

Inicialmente, en el kibutz Hulda todo el mundo quería matarlo. “¿Quién te crees que eres?, me decían. ¿A quién le importa Spinoza? Ben Gurión es Dios, un Dios intocable. Estaban muy enojados conmigo por criticar al mesías omnipotente”, pero entonces ocurrió un milagro. Ben Gurión, quien había aprendido griego para leer a Platón y español para leer los cuatro volúmenes que el argentino León Dujovne escribió sobre Spinoza, le respondió con un artículo muy largo en el periódico *Davar*, discutiendo con él, un jovencito de apenas 21 años. “El cambio fue diametral. En el kibutz todos me ensalzaban, se sentían orgullosos de mí. Los comentarios iban en la misma línea: ‘Ahora sí te immortalizaste’. ‘Estarás en el índice de los artículos de Ben Gurión’. O bien: ‘Nuestro kibutz tendrá garantizada su perpetuidad gracias a ti’. Eran abrumadores los elogios”.

Ése, sin embargo, no fue el final de la historia. Escribió Oz otro artículo al periódico insistiendo: “Con todo el respeto que se merece, el camarada Ben Gurión sigue citando erróneamente a Spinoza”. Entonces hubo una llamada telefónica a la oficina del kibutz Hulda; no tenían teléfonos en los minúsculos departamentos que ocupaban. El secretario de Ben Gurión le solicitaba a Amos Oz que se presentara a las 6:00 am del día siguiente a una audiencia en la oficina del primer ministro, también ministro de Defensa.

“Sentí pánico. Yo no tenía ni un par de zapatos decentes, sólo mis botas gastadas porque aún era soldado activo del ejército. Pensé inclusive que era ilegal discutir ideológicamente con el comandante supremo de las Fuerzas Armadas de la nación. Pasé el resto de la noche rezando para que sucediera un desastre: una guerra, un terremoto, un ataque al corazón, suyo o mío, no me importaba, lo que fuera con tal de evitar el encuentro. Pero nada de eso ocurrió.

“Me desperté a las 4:00 am y me fui de aventón a Tel Aviv. De milagro logré llegar a la oficina del primer ministro a las 6:00 en punto. Su secretario me advirtió: ‘Vas con el gran hombre, con nuestro admirable viejo. Te advierto que tiende a perderse en las conversacio-

nes. Le gusta hacerlo, pero es tu responsabilidad entender que su tiempo es muy valioso y que su agenda está saturada. ¿Podrías ser lo suficientemente sensato para terminar el encuentro en no más de veinte minutos?. Yo quería terminar inmediatamente, la simple idea de estar con el-todo-poderoso-que-estaba-detrás-de-la-puerta me provocaba escalofríos”.

Preso de espanto, según cuenta, Oz hubo de ser empujado por el secretario al interior de la oficina de Ben Gurión. Recuerda que era una habitación monástica, minúscula, con libreros y un escritorio, y con un enorme mapa del Mediterráneo y del Medio Oriente. Un pequeño hombre cabezón caminaba de arriba abajo en aquel cuarto. “Parecía Ben Gurión, pero era imposible que fuera el verdadero Ben Gurión. Hasta un niño de jardín de infantes sabía que era un gigante y ese hombrecito gordo y chaparro, que se movía sin cesar, apenas medía 1.64 metros. Aún no teníamos televisión. De repente me gritó: ‘¡Por qué diablos no te sientas!’. Me acomodé en la orillita de la silla y él continuó caminando de un lado a otro de la habitación, con sus manos detrás de la espalda, dictándome una cátedra sobre Spinoza. Era lo que más disfrutaba en la vida, referirse a Spinoza. Habló y habló y habló sin detenerse.

“Después de veinte minutos, el secretario, con discreción, asomó su cabeza en la puerta y Ben Gurión rugió: ‘Lárgate en este instante y no vuelvas a interrumpirnos, estoy teniendo una de las mejores conversaciones que he tenido en mucho tiempo’. Yo no había dicho ni una sola palabra, era un monólogo. No fue un diálogo, no fue una conversación. Así continuamos por un tiempo y, de repente, dijo algo como que la esencia de Spinoza era que uno nunca debía perder su temperamento, que uno debe conservar la calma filosófica. Con eso pretendió resumir el pensamiento de Spinoza. Ahí fue cuando por primera vez me atreví a hablar. Con voz casi inaudible le dije: ‘Discúlpeme, camarada Ben Gurión, con todo el respeto que le tengo, ésa no es la esencia de Spinoza. Sí es Spinoza, pero no es su esencia’.

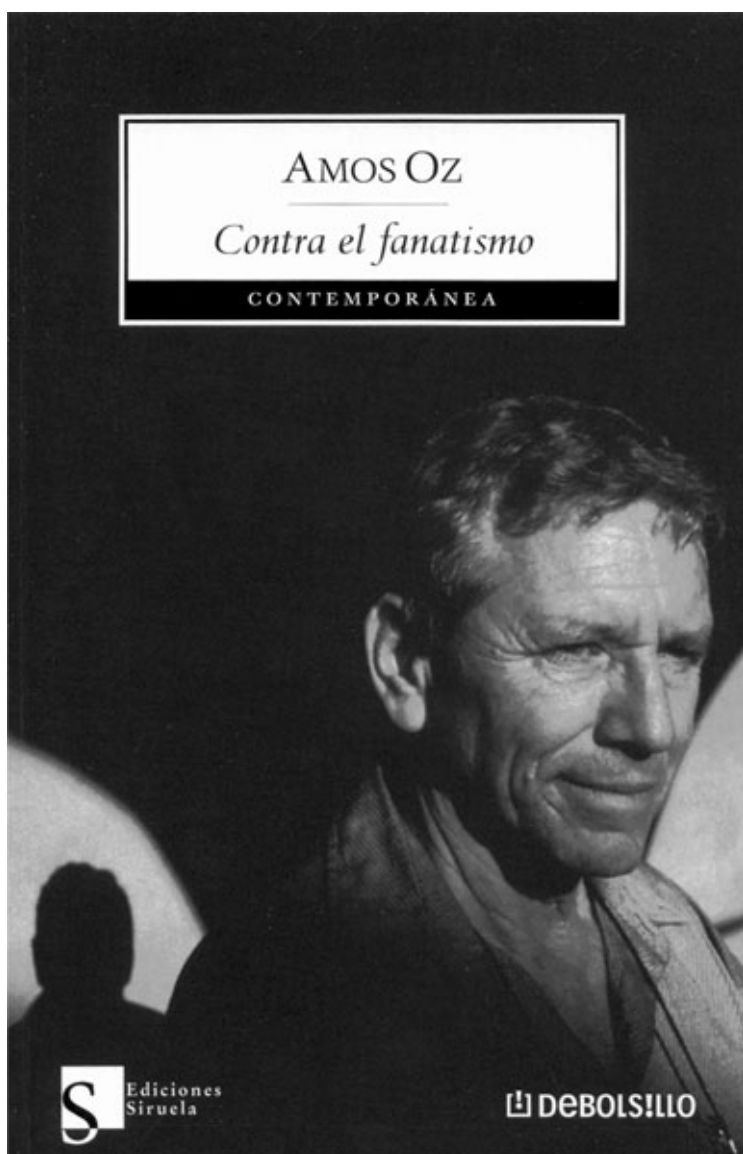
“Explotó como un volcán, pegó con sus puños en la mesa hasta que los vasos saltaron. Gritaba a todo pulmón: ‘¡Uno nunca debe perder el temperamento, ésa es la esencia de Spinoza! ¡Si pierdes tu temperamento no eres spinoziano!’. No había forma de detenerlo, era un estruendo de cólera. Sin previo aviso, de repente paró. Con delicada cercanía me preguntó: ‘¿Desayunaste?’. Por supuesto que yo no había comido nada, apenas y había llegado a tiempo a la cita. Se agachó, se metió debajo de su escritorio, desapareció completamente y regresó a la superficie trayendo consigo dos vasos y una botella de un jugo de naranja artificial, de esas bebidas corrientes. Se sirvió un vaso para él, luego sirvió otro para mí, y me ordenó: ‘Bebe’. Así que me lo bebí sin chistar. Siguió hablando de Spinoza como 45 minutos más, después de

los cuales tuvo suficiente de mí y literalmente me empujó fuera de la habitación mientras me decía: ‘Cada vez que vengas a Tel Aviv por favor pasas a visitarme, es muy interesante platicar contigo’. Nunca lo hice. Aquello no fue una ‘plática’, yo no había hablado casi nada”.

Con el tiempo, Ben Gurión resultó a sus ojos “el individuo más impresionante que he conocido en mi vida; he conocido a muchos líderes de Estado, pero nunca a nadie como él”. Amos Oz habla con conocimiento de causa porque ha estado en la mesa de reyes, presidentes y primeros ministros, ha dialogado con premios Nobel y entablado amistad con la crema y la nata de la intelectualidad del mundo. “Había algo bíblico en él, era como un rayo láser que hipnotizaba, era fascinante. Recuerdo la forma en que sostenía su vaso de jugo de naranja, como si se tratara de una granada de mano que estaba a punto de aventarme a la cara, o como si lo fuera a destruir entre sus grandes dedos, fuertes como los de un campesino. Nunca olvidaré la forma como apretaba aquel vaso... Es el individuo más sorprendente que he conocido en mi vida”.

Ese incidente, esa cercanía con el gigante de la patria, no sirvió para sumar puntos a su favor en el kibutz:





“no impactó en nada”. La balanza de la escritura sólo giró a su favor en 1965, tras la publicación de su primer libro, *Donde los chacales aúllan*. “Después de mucho debatir pros y contras, los miembros del comité directivo del kibutz votaron y me permitieron escribir los jueves. Sólo un día a la semana, el resto de la semana tendría que seguir cosechando algodón. Trabajando, como todos”.

En 1966, con su segundo libro, *Quizás en otra parte* —también con cuentos alusivos al microcosmos del kibutz, a las pasiones humanas, al choque generacional, a los temores e inquietudes frente al amenazante mundo exterior—, ganó un segundo día porque la venta de sus libros comenzó a retribuirle ingresos a la comunidad. Los más de treinta años que Nily y Amos Oz vivieron en el kibutz, las regalías de todos sus libros entraron íntegras a la caja colectiva, cada centavo de cada una de sus obras. “Yo, como cada uno de los miembros del kibutz, era un asalariado más. Todos ganábamos lo mismo, una repartición equitativa de los ingresos, todos éramos socios de aquella aventura comunitaria”.

Lo que también logró fue que lo mandaran a estudiar literatura y filosofía a la Universidad Hebrea, más por una necesidad de maestros en el kibutz que por una

concesión personal: “Nadie más en el kibutz quería ser profesor”. Fue su suerte conocer de cerca a filósofos de la talla de Martin Buber y Shmuel Hugo Bergman que promovían un estado binacional en el que árabes y judíos pudieran vivir en igualdad, y a otros, igualmente importantes, como Gershom Sholem, considerado el padre de los estudios modernos de la Cábala.

Su tercer libro, *Mi querido Mijael*—escrito obsesivamente durante las noches, a veces, dice, escondido en el baño, sentado en la taza del escusado del pequeñísimo cuarto que él y Nily ocupaban en el kibutz—, publicado en 1968, catapultó a Amos Oz a la fama internacional. Fue traducido a más de treinta lenguas, se adaptó al cine y la editorial Bertelsmann lo incluyó en su listado de las mejores cien novelas del siglo xx.

Este libro, que le permitió ganarse un tercer día para la escritura, fue un primer intento para destapar el silencio que lo condenaba. Inicia *Mi querido Mijael* con la siguiente frase: “Escribo porque las personas a las que amaba han muerto. Escribo porque cuando era niña tenía una gran capacidad de amar y ahora esa capacidad de amar se está muriendo. No quiero morir”. Es el relato en primera persona de Jana, una estudiante de literatura hebrea, mujer bipolar, casada con Mijael Gonen, condenada a un matrimonio fallido, como la propia madre de Amos Oz.

Por este libro, cuyo personaje es considerado por algunos críticos como “la Madame Bovary hebrea”, recibió, además, un cariñoso espaldarazo de su padre, orgulloso del lugar que su hijo iba labrándose en el mundo de las letras israelíes. “Estaba contento de que no fuera un simple *kibutznik*, sino un escritor. Especialmente se llenó de orgullo con los reconocimientos que me daban. No me lo decía abiertamente, pero sé cuánto presumía a su hijo ante la gente”.

También tuvo el aplauso del gran Shmuel Agnón, que estaba a meses de ganar el Premio Nobel. “Agnón me escribió una carta diciéndome que *Mi querido Mijael* era uno de los mejores libros que había leído en mucho tiempo. Conservo su carta en Arad como un tesoro personal”. Sin embargo, ello no incidió para que en el kibutz le permitieran escribir de tiempo completo.

Hasta la década de 1980 le concedieron un cuarto día. Fue todo. Durante el tiempo que fue miembro del kibutz siguió con sus otras obligaciones: cosechar la tierra, trabajar de mesero en el comedor e impartir clases. La escritura, no obstante, ha sido imperativo personal, y ha seguido publicando sin tregua. A la fecha su obra suma 27 libros, entre novelas, cuentos y ensayos, todos éxitos internacionales traducidos a 41 lenguas. Con el naciente Estado de Israel o el kibutz como escenarios combina la precisión del lenguaje, herencia de su padre, con la apertura política y la creatividad que reconoce como legado materno. **u**